

Pérez Reverte junto a *Kafka en la orilla*, de H. Marakuri; *El pedestal de las estatuas*, de A. Gala y *El hechizo de Highlandar*, de Karen M. Muning; *Cien años de soledad*, de G. García Márquez al lado de *La reina oculta*, de J. Molits... Un listado heterogéneo en todos los aspectos que agrupa en un sólo tronco a autores neófitos con consagrados, objetos «fabricados» con artefactos literarios, pastiches históricos con novelas de estructura perfecta, autores de raza con advenedizos o mercaderes de la letra, explotadores de enigmas y extrañezas –piénsese en el cultivo «novelesco» del tema sectas– frente a la enjundia temática, españoles con foráneos exóticos... Heterogéneo conglomerado creativo y comercial que se repite, cómo no, en las listas de éxito en torno a los libros de bolsillo – *El perfume*, P. Süskind, *El capitán Alatriste*, A. Pérez Reverte, *Sabina en carne viva*, J. Sabina, *La sombra del viento*, C. Ruiz Zaffon, *El árbol de la ciencia*, P. Baroja, *Me llamo rojo*, O. Pamuk, *Los pilares de la tierra*, K. Follet, *Déjame que te quiera*, J. Bucay, *El inquisidor*, P. Sturless...– Y que, sin apenas variación, se confirma si la referencia se traslada a cualquier otro medio, sea de tirada nacional o circunscrita a la provincia. Apenas hay variación. Es la igualación generalizada. Por ejemplo, suplemento de «Artes y Letras» de *Heraldo de Aragón* (17 mayo, 2007): *El pedestal de las estatuas*, A. Gala; *La catedral del mar*, I. Falcones; *La sangre de los inocentes*, Julia Navarro; *El corazón oculto*, Almudena Grandes; *20 pasos hacia delante*, J. Bucay... ¿*Best-seller* y entretenimiento? ¿La literatura actual camina hacia el *best-seller*?...

No importa la respuesta. La realidad es la radiografía de un país, en su mayoría volcado en el entretenimiento (29), postura legítima sin duda. Una circunstancia que también certifican las conclusiones del *Barómetro de Hábitos de Lectura y Compra de Libros* ya señalado. En este estudio *La catedral del mar* –aupada al primer puesto durante 2007–, *El código da Vinci*, *Los pilares de la tierra* o *La sombra del viento*, por ejemplo, alcanzan cifras millonarias de lectores y se adentran vivamente en el túnel comercial del tiempo – casi todas ellas superan con creces los dos en el candelero mercantil–, precisamente en una época donde no sólo es normal la condición de fungible para el producto «libro», sino que su muerte puede llegar a anunciarse antes de nacer.

Al parecer, queda algo diáfana una fotografía final como la siguiente: Estamos en la sociedad de mercado, la literatura es un producto más que depende de su consumo y lo que se propone, ante todo, es el entretenimiento porque es lo que se demanda socialmente –o es impuesto con publicidad y demás métodos actuales– Un entretenimiento ansiado por su sencilla masticación que, además de proporcionar placer, evade y aleja de la suma de conflictos, problemas y angustias envolventes, individuales y colectivos. Circunstancias todas que no significan, por cierto, que haya desaparecido el hueco para productos que no se adecuen a las férreas normas de la actual cultura de mercado. Ni muchísimo menos. Lo que ha cambiado es la medida de valoración social e individual de la Literatura. Un cambio que, al lector puro, al literario y minoritario, puede llevar a la confusión, pero que no tiene incidencia en el resto de lectores, la mayoría, a quienes les sirve y agrada la diversidad y la pluralidad. Y no se olvide que ambas, diversidad y pluralidad, son necesarias para el consumo, lo cual ya permite una atención, mínima por supuesto, destinada al libro puramente literario que, incluso, puede devenir en libro de éxito por motivos extraliterarios –cine, personalidad del escritor, factor premio... tal como hemos apuntado–. Es decir, en la cultura de mercado ni una sola porción del arco comercial puede quedar vacía. Porque a ésta le interesa todo, hasta lo más marginal del acto creativo. El mercado es oferta y el lector un consumidor. Ni más ni menos. Hay que diferenciar de una vez que una cosa es el éxito aplicado a fórmulas literarias y otra la creación literaria tradicional. Los escritores y lectores tienen libertad de elección, pudiendo cruzar fronteras y emparejar caminos. Además, tampoco debemos olvidar que la literatura ha sido, es y será la actividad de contar historias; en suma, el resultado de una necesidad humana desde que el hombre tiene conciencia como tal y, por tanto, de difícil desaparición.

¿El optimismo en el pesimismo? Ni siquiera, aunque cualquier análisis pesimista conlleve enormes dosis de optimismo porque se visualiza e, incluso, se reflexiona sobre los problemas más acuciantes. Ni siquiera.

No sabemos cuál va ser el fin y la función de la literatura en el futuro. Ni tampoco si se aclarará la confusión reinante. Ni, tal vez

sin ser conscientes, si estamos asistiendo a la adaptación de la literatura –en nuestro caso puntual, de la novela– a un nuevo imaginario. Falta, hoy más que nunca, distancia para visualizar. Distancia y sosiego en una sociedad veloz y cambiante. La realidad es que la cultura ha abierto sus compuertas de par en par y hacia ella fluye todo, desde lo considerado como literario con todos sus elementos comprensivos, reflexivos... y analíticos, hasta el más puro entretenimiento que es lo que más interesa a la generalidad de la base lectora, con todo lo que ese entretenimiento conlleva –remito a las consideraciones desgranadas en superficie a lo largo de este texto–. Variado y múltiple acceso a través de la lectura. Por eso, al cerrar el 2006 podemos encontrar balances tan significativos como el siguiente que corroboran, apostillan, coinciden... con muchos de los aspectos aquí mencionados:

«En la cosecha narrativa del 2006 hay motivos para la inquietud (...) aunque prevalecen los que inspiran un moderado optimismo (...) se echa de menos mayor convicción respecto al instrumento verbal de que se sirven, un mayor prurito estético en la prosa (...) y, en suma, una conciencia lingüística y estilística más acusada y alerta. La sencillez no debe suponer simplicidad ni indigencia estilística, ni el cacareado relativismo de nuestro tiempo puede escudar desmaño, negligencia o repetición de lo mismo» (30).

NOTAS:

- (1) Francis Fukuyama. *El fin de la historia y el último hombre*, 1992.
- (2) Incluso funciones sociales como la información –medios de comunicación– responden más a dictados empresariales que a los que, hasta hoy, les han caracterizado.
- (3) En cuatro años, 2001 a 2005, de 13.214 títulos a 15.260, por ejemplo, según la *Panorámica de la edición española de libros. Análisis sectorial del libro*. Ministerio de Cultura, 2005)
- (4) *El Mundo*, 26-IV-2007.

- (5) En un interesante artículo, no exento de humor («Cuatro (ale)gatos a favor de la lectura». Abril, Artes y Letras, *ABC*), donde el escritor peruano Fernando Iwasaki repasa su trayecto como lector, se apunta una realidad, tan obviada como *ocultada*, a la que da el nombre de «el acoso textual» y que citamos por extenso. Iwasaki, preguntado sobre la pertinencia de obligar a que los adolescentes lean, escribe: «¿Por qué nadie le pregunta a los profesores de ciencias si es bueno obligar a un adolescente a simplificar polinomios, sumar exponentes, factorizar radicales, resolver ecuaciones y descifrar logaritmos?... De entrada me parece injusto crearle un problema de conciencia al profesor que exige a sus alumnos memorizar un soneto de Gracilazo, mientras que nadie pone en entredicho que los elementos de la tabla periódica deben ser memorizados con sus respectivos símbolos, columnas y pesos atómicos correspondientes. Hay más escrúpulos a la hora de obligar a los alumnos a leer, que a la hora de obligarlos a prorratar fórmulas, valores y cadenas moleculares. ¿No hay en realidad un prejuicio contra las humanidades y un menosprecio a los conocimientos históricos, literarios y filosóficos? ¿Por qué se promueve la falaz persuasión de que la única y verdadera inteligencia es la matemática?... El subrayado es nuestro.
- (6) Fuente: *Barómetro de Hábitos Lectores y Compra de Libros*, elaborado por Conecta Reseca & Consulting para la Federación de Gremios de España en colaboración con Ministerio de Cultura, Dirección General del Libro.
- (7) *La inocencia robada. Juventud, multinacionales y política cultural*, 2003, p. 29.
- (8) La caída en picado de la enseñanza tradicional, sobre todo ante la irrupción de los canales informativos de la tecnología y el anquilosamiento de la maquinaria educativa para acomodarse a los nuevos tiempos y formas de vida.
- (9) «La lectura de textos se elimina de los contextos sociales y políticos más amplios y sólo se ocupa de cuestiones de poder dentro de una política de representación». Giroux, op.cit, pág. 37. El individuo satisfecho en una sociedad virtual.